
PEDRO ALBIZU CAMPOS Y EL NACIONALISMO PUERTORRIQUEÑO: REFLEXIONES EN TORNO AL LIBRO

Luis Angel Ferrao

Génesis del libro

El libro que bajo el título de **Pedro Albizu Campos y el nacionalismo puertorriqueño** salió a la luz pública en mayo de 1990 puede considerarse como el resultado final de una extensa labor investigativa que se inició a finales del año 1980. Fue durante mis años de estudiante de posgrado, primero en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (1980-1982) y luego en la Universidad Nacional Autónoma de México (1982-1984), cuando cobró forma la idea de dedicarle a este tema todo el tiempo y esfuerzo necesarios para producir una obra interpretativa de envergadura, que a su vez llenara los requisitos de rigor, profundidad y originalidad exigidos por estas instituciones académicas.

El genuino interés que suscitó en mí la figura de Pedro Albizu Campos no resulta difícil de explicar. Consideraba entonces, y aún hoy sigo pensando igual, que él era una de las personalidades cimeras en la historia de Puerto Rico, y que tanto él como el Partido Nacionalista y la época que vivieron, merecían ser estudiados y conocidos a profundidad. Esa certeza sobre la trascendencia de Albizu y el Partido Nacionalista en la historia del Puerto Rico moderno, contrastaba enormemente con lo que a mi entender era el limitado número de publicaciones que mediante análisis ayudaran a una adecuada comprensión de estos. Pensaba que la exaltación que se hacía de Albizu Campos, sobre todo, a través de las artes plásticas y en el discurso patriótico de los grupos independentistas, no guardaba proporción con la cantidad de obras que ofrecieran una perspectiva objetiva, crítica y abarcadora sobre el tema.

Si ya para ese entonces--comienzos de los 80--varios autores habían realizado serias aportaciones al tema, yo pensaba que todavía había un largo trayecto que recorrer en el estudio del

nacionalismo puertorriqueño. Mi insatisfacción académica obedecía a las siguientes razones:

1. Algunos de los autores que habían escrito sobre Albizu y los nacionalistas eran personas demasiado comprometidas políticamente o antiguos allegados de Albizu, lo que a mi entender nublaba su capacidad de análisis objetivo y desapasionado.
2. Muchos de los trabajos adolecían de un mal catalogado como grave por los historiadores: la falta de referencias a documentos primarios. Varios de los trabajos leídos sólo citaban fuentes secundarias u elaboraban sus ideas sin constatarlas empíricamente con datos corroborables. Afortunadamente, la admirable labor de recopilación de las obras escogidas de Albizu iniciada por Benjamín Torres ayudó en parte a llenar ese vacío y a señalar el camino para seguir recopilando documentación primaria; pero aún así sorprende ver la cantidad de escritos que hay sobre el Partido Nacionalista que no citan ni periódicos ni documentos de la época.
3. Otros escritos aparecieron publicados como artículos periodísticos, lo que les imponía a estos las limitaciones propias del género. Pienso, sobre todo, en el rico debate que se generó a raíz de la publicación del libro **Conversación con José Luis González**, y que se ventiló en las páginas del semanario Claridad durante el año 1977. Este debate, en el que participaron George Fromm, Wilfredo Mattos, Arturo Meléndez y Benjamín Torres, entre otros, significó una enorme aportación al conocimiento del tema. Sin embargo, por tratarse de artículos de periódicos publicados al calor de un hecho específico, se presiente en algunos de ellos la falta de extensión y una más profusa referencia a documentación primaria. Algo análogo sucede con trabajos de enfoque netamente periodístico, como la bienintencionada biografía de Federico Ribes Tovar ("**Albizu Campos el revolucionario**"), Nueva York, 1975); en ella el autor no hace uso

de notas al calce, por lo que al lector escéptico se le hace imposible saber de dónde obtuvo la información su autor.

A lo anterior se añadía mi inconformidad con los enfoques de ciertos autores, que limitaban la historia del Partido Nacionalista a las ejecutorias de Pedro Albizu Campos o Juan Antonio Corretjer, dejando en el anonimato a toda una estela de hombres y mujeres que también habían desempeñado papeles importantes como Toro Nazario, los hermanos Pérez y José Paniagua Serracante, entre otros. Otro tanto sucedía con la manera en que se abordaban aspectos como el catolicismo de los nacionalistas: veía yo una exigua referencia a la prensa católica de la época--muy ágil e instructiva por cierto--donde publicaban muchos nacionalistas, a personajes como los Perea--eventuales promotores intelectuales de la Universidad Católica de Ponce y del Partido Acción Cristiana--, o a sacerdotes como Martín Bersten, quien tanto influyó en los hombres de la generación del 30.

Así, pues, mi libro fue concebido también como un intento historiográfico por superar las limitaciones que yo observaba en los trabajos anteriores. Tal parece que no fui yo el último en imponerse esta tarea o en plantearse interrogantes similares sobre la historia de Pedro Albizu Campos y los nacionalistas: para mediados de los 80 se presentaron una serie de tesis de adecuada factura, las cuales constituyen un serio esfuerzo por avanzar en el conocimiento del tema.¹

No quiero dejar pasar esta oportunidad sin señalar lo provechoso que resultó el ambiente académico mexicano, para encaminar adecuadamente mis inquietudes. Durante mis años en la FLACSO uno de los temas en boga era la llamada "cuestión nacional". Recuerdo muy bien el seminario que bajo ese título nos ofreció el ya fenecido sociólogo boliviano René Zavaleta, a un grupo de estudiantes bolivianos, mexicanos, panameños y puertorriqueños. De ahí extraje mis primeros conocimientos serios sobre un tema tan complicado, así como una adecuada bibliografía inicial.

En México conocí también la obra de dos historiadores franceses que influyeron mucho en mi propio trabajo sobre Albizu y los nacionalistas puertorriqueños. Uno fue Jean Meyer, cuyo

estudio sobre el sinarquismo mexicano (**El sinarquismo: ¿un fascismo mexicano?** México, 1977) me mostró algo hasta entonces desconocido para mí: la existencia en América Latina de movimientos nacionalistas de corte religioso y autoritario que guardaban una asombrosa semejanza con los nacionalistas de Puerto Rico. Entre la Unión Nacional Sinarquista (fundada en 1937) y el Partido Nacionalista se perciben claras similitudes en su discurso, los símbolos y gestos adoptados. Además, ambas organizaciones se vieron influidas por la figura de José Vasconcelos. El otro historiador francés fue Jacques Lafaye, autor de un fascinante estudio sobre los orígenes de la conciencia nacional mexicana (**Quetzacóatl y Guadalupe**, México, 1985). Lafaye hace ver la lógica histórica que subyace y rige a uno de los nacionalismos más intensos de este continente; también muestra cuán determinantes son la religión y la literatura en la formación de las nacionalidades. Es una lectura imprescindible para aquellos interesados en estos temas.

Algunas revisiones y rectificaciones necesarias

En el curso de toda publicación voluminosa en que hay que hilvanar cientos de fechas, noticias, testimonios y datos de todo tipo, existe siempre el riesgo de que se escapen involuntariamente afirmaciones no del todo exactas, ello a pesar de las reiteradas lecturas de pruebas que siempre hace el autor. Afortunadamente, la historia se concibe como un proceso continuo de revisión de las fuentes, tanto de las que ya se conocen, como de las nuevas que se van desenterrando. Un nuevo documento fidedigno desconocido anteriormente para el historiador debe ser tomado en consideración, aun cuando ponga en tela de juicio una afirmación hecha por éste. De igual forma, todo autor debe reconocer cuándo una lectura inadecuada de las fuentes bibliográficas dio origen a aseveraciones desacertadas. Hay dos afirmaciones que yo quiero rectificar y dos sucesos históricos que debo revisar a la luz de nueva evidencia.

En las páginas 266-267 de mi libro afirmé que había dos datos que "hasta ahora no han sido consignados en las páginas bibliográficas que se

han escrito sobre Albizu Campos". Uno era el relativo a la población irlandesa que residía en Massachusetts al momento en que Albizu realizaba sus estudios allí; y el otro era el hecho de que los años de residencia de Albizu en dicho estado coincidieron con el periodo de auge de la lucha del Simi Fein en Irlanda. Debo aclarar que el segundo dato había sido consignado anteriormente por Benjamín Torres en una de sus conferencias.²

En el Capítulo 4 de mi libro, en el apartado dedicado a examinar la crisis interna que sacudió el Partido Nacionalista de julio a octubre de 1935 y la muerte de Ramón S. Pagán, señalé que nadie había intentado contraponer estos hechos con las posteriores declaraciones hechas por Juan A. Corretjer sobre lo sucedido, para descubrir la veracidad o no de estas últimas.

Pues bien, quiero hacer constar que una de las personas que sí reparó en este tema fue la historiadora Sonia Carbonell. En su tesis de maestría esta autora, al examinar el asesinato de Ramón S. Pagán y tres nacionalistas más a manos de la policía en octubre de 1935 y la subsiguiente denuncia hecha por el liderato nacionalista en el sentido de que el jefe Riggs había tramado dividir al partido y ordenado la eliminación de Pagán, llegó a conclusiones similares a las que arribaríamos nosotros en nuestro trabajo. Me permito citarla in extenso.³

No podemos afirmar que sí era cierto que Riggs trató de dividir al Partido Nacionalista y socavar el liderato de Albizu Campos, pero sí sabemos que el Partido Nacionalista antes de los sucesos del 24 de octubre había pasado por una crisis interna. Varios miembros de la colectividad fueron expulsados como por ejemplo, Clemente Pereda, José Lameiro,...el Reverendo Domingo Marrero y otros. El liderato de Albizu Campos y sus métodos de lucha fueron fuertemente criticados por un sector del partido. Ramón S. Pagán, uno de los nacionalistas asesinados, también había tenido problemas y por órdenes de Pedro Albizu Campos había sido relevado de sus funciones como contralor del Partido Nacionalista.

Y concluye de la siguiente forma su apreciación del suceso:

No tenemos evidencia para aprobar que Riggs o las autoridades tuvieran algo que ver con esa crisis interna de la colectividad. Tampoco tenemos prueba para afirmar que el gobierno quería eliminar a Ramón S. Pagán por éste denunciar el plan ideado por las autoridades en contra del liderato del Partido Nacionalista como afirmaba la colectividad.

Yo suscribo enteramente la anterior afirmación de Sonia Carbonell (que además está avalada por una extensa revisión documental que incluye los fondos de La Fortaleza, fondos del Departamento de Justicia y prácticamente toda la prensa de la época) y sostengo lo dicho en las páginas 220-225 de mi libro, en el sentido de que no hubo tal complot dentro del Partido Nacionalista contra Albizu, ni que Riggs estuvo urdiendo el mismo. Lo que sí existió fue un enorme descontento de muchos militantes nacionalistas contra las actuaciones del presidente.

Quiero aportar ahora nuevas piezas documentales que pueden arrojar un poco de luz a la disputa pública que surgió entre Albizu y el periódico El Mundo a fines de 1931, y que yo examino en las páginas 75-77 del libro. Según se desprende del editorial publicado por El Mundo (4 de noviembre de 1931), Albizu hizo pública, entre otras, la acusación de que dicho periódico estaba exclusivamente al servicio del gobierno y que José Coll Vidal y Angel Ramos eran dos testaferreros tras los cuales se escondía una corporación norteamericana que había comprado el diario para ponerlo al servicio de los Estados Unidos. El editorial respondió afirmando que los propietarios del El Mundo eran José Coll Vidal y Angel Ramos, que Romualdo Real González les facilitó la adquisición de la empresa aun cuando no tenían el capital suficiente, y que el notario Rafael Rivera Zayas poseía la escritura de compraventa. Albizu no contestó por escrito las afirmaciones de El Mundo, sino que lo hizo en otro discurso pronunciado en Guayama y reseñado por La Nación (Año 1, Núm. 2, 19 de diciembre de 1931). En dicho discurso Albizu manifestó, entre otras cosas, que El Mundo era un órgano inopinante que permanecía mudo ante los graves problemas que afectaban la nacionalidad y que no opinaba sobre cuestiones de interés público. En lo

referente a la propiedad de periódico, manifestó que en la Secretaría Ejecutiva aparecía como dueño de la empresa el Puerto Rico Ilustrado, en el informe postal aparecían Angel Ramos y Coll Vidal como únicos dueños, mientras que en las peticiones para portar armas ambos señores aparecían como empleados de la empresa, todo lo cual le parecía a los nacionalistas como "contradicciones sospechosas".

Para tratar de dilucidar esta controversia acudí recientemente al Archivo General de Puerto Rico.⁴ Allí encontré que, en efecto, la corporación Puerto Rico Ilustrado, Inc. era la empresa que editaba tanto El Mundo como la revista Puerto Rico Ilustrado. En el informe oficial de 1931 aparece como presidente de la corporación Romualdo Real y como vicepresidentes Angel Ramos y Coll Vidal. De los mismos informes se desprende que Ramos y Coll entraron a formar parte de la corporación en 1926 y 1927, respectivamente. Pudo haber sucedido que estos últimos compraran durante esos años parte substantiva de las acciones, que Romualdo Real siguiera detentando, no obstante, el control mayoritario a la altura de 1931, y que entre los tres surgiera un acuerdo para que los primeros dos se hicieran cargo de la administración y dirección del subsidiario El Mundo.

Toda esta disertación, más propia de abogados corporacionistas que de historiadores sobre la innecesaria controversia de Albizu con El Mundo, le hizo un considerable daño a su imagen pública y a la campaña proselitista en la que estaba inmerso su partido.

Otro suceso histórico merece ser precisado a la luz de nuevos hallazgos. En el acápite del libro dedicado a auscultar las relaciones entre el fascismo y el Partido Nacionalista llamé la atención, citando a Juan Angel Silén, sobre las simpatías hacia esta doctrina por parte de Laura Meneses y las "delegaciones del partido que fueron enviadas al muelle de San Juan a saludar a los buques alemanes que allí atracaron a fines de los años '30" (p. 307). Sucede que en el curso de los últimos seis meses he consultado en diversos periódicos, e incluso en los archivos de relaciones exteriores de Francia, lo relativo a la visita del buque nazi Meteor, y en ningún lado he encontrado mención sobre delegaciones o

miembros del Partido Nacionalista que hayan estado allí presentes.⁵ A quienes se menciona es a los españoles franquistas y falangistas, que llegaron a organizar un regio agasajo en la Casa de España para la oficialidad del buque. Silén cita como fuentes conversaciones (no sé si grabadas o no) con Ramón Medina Ramírez y Lorenzo Piñeiro.⁶ No niego la posibilidad de que sí hayan existido estas delegaciones, pero debo dejar establecido que las fuentes escritas hasta ahora consultadas no avalan lo dicho por Silén, y la cita que yo hice de él.

Mi respuesta al debate

Cuando decidí publicar mi trabajo sobre Albizu, uno de mis propósitos fue justamente que el mismo diera pie a un intenso debate donde se examinaran desde nuevas perspectivas y con documentación inédita sobre la mesa, las virtudes y limitaciones del nacionalismo puertorriqueño. Creo que este es uno de los temas en la historia puertorriqueña que amerita ser dilucidado en toda su extensión por el mayor número de posibles estudiosos e interesados, y un poco quería yo incitar a otros para que vertieran públicamente sus opiniones. Hasta el momento he leído en total 9 reseñas y críticas sobre mi libro, lo que me lleva a concluir que al menos éste no ha pasado inadvertido.

Quiero hacer constar aquí mi reconocimiento a los señores Duchesne Winters, García Passalacqua, Maldonado Denis, José Luis Vega; a las profesoras Ileana Cidoncha y Carmen D. Trelles y al Taller de Formación Política, por la atención dispensada al texto, su ánimo de debatir las diferencias en tono respetuoso y por sus comentarios de los cuales yo he sido el primero en beneficiarme.

Lamentablemente, no puedo decir lo mismo de otras personas cuya reacción escrita a mi libro fue todo menos un intento por debatirlo de manera racional. Sabía de antemano que muchos no iban a estar de acuerdo con mis planteamientos, pero nunca me imaginé que algunos llegarían al extremo de calificar el libro de "apócrifo" o utilizar un tono de poco respeto hacia su autor. Yo me considero un académico, y por lo tanto,

discuto estos temas con objetividad, fundamentos y señaitez, sin apasionamientos ni tonos intransigentes que siempre nublan la razón. Por ello mismo, me abstengo de debatir con aquellos que no se rigen por estos principios, pues sé que no conduce a nada positivo.

Deseo comenzar comentando el artículo del Taller de Formación Política, que titularon "Albizu Campos: su posición ante el fascismo y el comunismo" (*Claridad*, 5-11 de octubre de 1990, pp. 16-17). En él se reproduce la carta de Albizu a su esposa que fuera publicada por varios periódicos de la isla en mayo de 1938. Me objetan estos señores que yo haya extraído de dicha carta una cita en que Albizu se refiere a la situación española en términos que delatan su lenguaje franquista, pero que excluí otro pasaje en el cual, según ellos, Albizu "también ataca no implícita, sino clara y explícitamente al imperialismo alemán, italiano y japonés".

Dos comentarios para comenzar:

1. no veo cómo se puede afirmar que en dicha carta Albizu "ataca" clara y explícitamente a las potencias fascistas, cuando en la misma no se mencionan directamente ni a Japón ni a Italia. En todo caso, sería más apropiado decir que Albizu defiende explícitamente a los abisinios y a los chinos, mientras que censura implícitamente a Italia y a Japón.

2. Si vamos a comentar la carta de Albizu a su esposa tenemos entonces que invocar otra carta mucho más importante: la de Toro Nazario a Irma. Ello por razones que señalo a continuación.

Fue precisamente Toro Nazario quien a petición de Laura Meneses tradujo del inglés la carta de Albizu, y él mismo admite que esta última pasó por "dos censuras, por dos mutilaciones": la del alcaide y la de la esposa del líder.⁷ Además, Toro le dedica todo un apartado ("La autoridad de Albizu Campos") en el que examina detalladamente su contenido y analiza sus párrafos más significativos. No sé si el Taller se tomó la molestia de leer la **Carta a Irma** antes o después de la Carta a Laura; me sospecho que no, pues su artículo adolece visiblemente de la falta del recurso de la intertextualidad y las conclusiones a las que llega lucen demasiado apresuradas. De haberlo hecho, se hubieran percatado que Toro Nazario, examinando este

mismo documento, es en extremo insistente y categórico al deducir que el mismo no hace otra cosa que sustentar la sospecha del fascismo en Albizu.

No creo que la alusión de Albizu a los judíos, abisinios y chinos invalide mi afirmación sobre su vocabulario franquista, o balmesiano (Anthony Stevens) que para los efectos fue uno de los pensadores católicos adoptados por el régimen de Franco. Más bien habría que preguntarse, como Toro Nazario, si la referencia a los etíopes es lo suficientemente convincente como para despejar la sospecha. ¿Lo es a la luz de tantos otros documentos que evidencian lo contrario, desde la Circular Núm. 1 a los Cadetes hasta el decálogo de los jóvenes fascistas, pasando por las suásticas y las camisas negras? Yo creo que no, pero dejo en libertad al lector atento para que examine y juzgue.

José Luis Vega y Juan Duchesne Winters trajeron a colación dos objeciones plausibles e interesantes, que están ambas muy relacionadas. El primero cuestiona que se utilice la llamada "teoría de los hacendados" como vademecum histórico, al cual todos acuden para explicar convenientemente diversos fenómenos de la historia puertorriqueña: desde el nacionalismo y el hispanismo, hasta el contenido de la obra literaria de la generación del '30 ("Albizu el caudillo mulato", *El Nuevo Día*, 24 de junio de 1990, p. 21, Sección libros). Duchesne, por su parte, objeta mi método de las genealogías personales--cuyo tronco lo componen muchas veces inmigrantes europeos porque según él "convierte a los descendientes boricuas de estos extranjeros en depositarios automáticos de los intereses de clase y la ideología de sus antepasados" ("Albizuismo, autoritarismo y relatos de corsos", *El Mundo/Puerto Rico Ilustrado*, 10 de junio de 1990, pp. 20-23).

Ciertamente, el modelo de análisis que convirtió a los dueños de haciendas y sus descendientes en el eje interpretativo de la historia del Puerto Rico de fines del XIX y principios del XX, tuvo considerable influencia en mi formación como historiador. Recuerdo haber leído con particular entusiasmo el libro **Conflictos** de Quintero Rivera, en el cual se planteó por primera vez esta teoría. Sin embargo, también es cierto

que durante la segunda mitad de los '80, a raíz de una serie de nuevas publicaciones histográficas (v.g. Bergad) y mi propia investigación, comencé a percibir las limitaciones de este esquema, según fue originalmente concebido.⁸ El propio término "clase hacendada" me comenzó a parecer un poco rígido para la realidad histórica que pretendía describir; por eso en mi libro intento en ocasiones sustituirlo con otros conceptos como "sector", "grupo", "minoría privilegiada", o "élite hacendada y comercial" (pp. 101, 104, 111 y 112). Hoy día considero más preciso el término élite para agrupar y referirme a aquellos grupos privilegiados del Puerto Rico decimonónico: hacendados, comerciantes mayoristas y almacenistas, oficiales tanto del Ejército como de la Guardia Civil, burócratas de alto rango, y el sector de los profesionales. Tanto sus posiciones de privilegio, como su nivel cultural, su ascendencia europea directa en muchos casos, sus rasgos étnicos y las relaciones endogámicas que practicaban le daban a esta élite una considerable homogeneidad social y los diferenciaba claramente de los demás grupos de la sociedad.

Si bien es comprobable que muchas de las figuras que comenzaron a destacarse en el mundo cultural y político isleño de principios de este siglo (José S. Alegría, Antonio R. Barceló, Emilio S. Belaval, Tomás Blanco, Antonio Coll Vidal, Antonio J. Colorado, Juan Antonio Corretjer, José De Diego, Luis Lloréns Torres, Luis Muñoz Marín y Antonio S. Pedreira, entre otros) sí procedían de esa élite, hay que coincidir con José Luis Vega en que fenómenos como el hispanismo de esta generación no son enteramente atribuibles a este solo factor. Yo he señalado anteriormente que el hecho de que muchos de ellos hayan sido hijos de españoles contribuyó a fortalecer su preferencia por las virtudes de la Madre Patria, a la hora de definir los elementos característicos de la puertorriqueñidad.⁹ Sin embargo, en el curso de investigaciones y debates posteriores me percaté de que la glorificación de la gesta colombina, la celebración del 12 de octubre, los elogios a la raza hispana y la adopción de figuras como Isabel la Católica en el discurso cultural, no fueron en modo alguno exclusivos de estos puertorriqueños. El hispanismo fue en realidad un fenómeno de alcance continental en las décadas de

1920 y 1930, que se verificó en países como Argentina, México, República Dominicana y Uruguay y del cual participaron figuras como Federico Henríquez y Carvajal, Alfonso Reyes y José Vasconcelos. Yo mismo me acabo de topar con un mensaje de un presidente latinoamericano emitido en 1936, en el cual llama a erigir en su país un faro gigantesco en forma de cruz para honrar perennemente la memoria de Cristóbal Colón. El nombre de este presidente: Rafael L. Trujillo. En lo que respecta al hispanismo de la generación del '30, pues, hay que analizarlo también en el contexto de las mentalidades hispanoamericanas de la época.

Quiero explicar por qué para el estudio de los personajes nacionalistas me serví tan extensamente del análisis genealógico, que en cierta medida es un derivado del análisis prosopográfico introducido por Fernando Picó. Para mí se trata de una herramienta muy adecuada en el estudio de la formación y evolución de las élites. Y en el caso de Puerto Rico, donde el fenómeno de la inmigración está tan ligado al del surgimiento de unos sectores privilegiados, este método nos permite localizar el tronco europeo de donde proceden los apellidos y las familias que, no sólo en los '30, sino incluso antes y aún hoy en los '90, ocupaban y continúan ocupando posiciones destacadas en la actividad económica, la cultura, el gobierno, o la política. Los siguientes son algunos de estos apellidos: Albors, Alegría, Barceló, Coll, Frau, Parachini, Rexach, Roig, Roselló, Serrallés y Valdés. Todos ellos llegan a Puerto Rico durante el siglo XIX procedentes de Asturias, Cataluña, Córcega, las Baleares, o las provincias vascas.

El método de las genealogías tiene además sus ventajas sobre el análisis de clase. Como bien señala Duchesne, las clases sociales pueden dejar de existir si desaparecen las condiciones económicas que las definen y les dan vida. Ya en la actualidad no existen en Puerto Rico hacendados ni haciendas de caña o café, como no sean las que mantiene como museos el Fideicomiso de Conservación o aquellas que por sus virtudes arquitectónicas han logrado sobrevivir los embates del tiempo. Tampoco es posible encontrar ya talleres donde maestros artesanos manualmente elaboren cigarrillos a la vez que

paguen a alguien por leerles los periódicos. Esas clases ya no existen; la modernización, la constante y progresiva evolución de la economía, entre otras cosas, se encargaron de hacerlas desaparecer. Ahora bien, lo que no desaparece, lo que sí se mantiene presente por generaciones son los patronímicos y las familias que los llevan, a menos que factores como la ilegitimidad, la orfandad, la falta de descendientes, las emigraciones o fenómenos de gran magnitud alteren su realidad. (Pienso en las familias judías que se vieron en la necesidad de alterar o cambiar sus apellidos, para evitar que se les estigmatizara en los países donde el sentimiento antisemita era poderoso como en Rusia y Alemania; o el caso de muchos inmigrantes de Europa que al llegar a Estados Unidos adaptaron sus nombres a la grafía inglesa para facilitar así su integración a la nueva sociedad.) También tardan en modificarse la tradición heredada, el apego a unos valores conocidos desde la infancia y, sobre todo en el caso de los miembros de la élite, su sentido de pertenencia y el orgullo por su abolengo.

Fue este examen desde la perspectiva genealógica la que me permitió captar el fenómeno que yo llamo "transformación generacional" (pp. 97 y 112). Es decir, hijos o nietos puertorriqueños y nacionalistas cuyos padres o abuelos habían sido a la vez europeos y privilegiados en tiempos de España, y cuyo mundo, además, distaba mucho de ser puertorriqueñista. Mencioné en el libro varios ejemplos de estas personas tanto dentro del Partido Nacionalista como fuera de él (Antonio J. Colorado, Juan Mari Bras). Hay otro caso que refuerza claramente este planteamiento. Se trata de José S. Alegría, quien presidió al Partido Nacionalista en los 1920 y dirigió a fines de la década del '30 la revista Puerto Rico Ilustrado, en la cual publicaron importantes escritores de esa generación. Su padre fue Cruz Alegría Arizmendi, oficial militar vasco quien además de sus actividades en el fuero castrense, fue miembro destacado y activo del Partido Español sin condiciones.¹¹ No vamos aquí a explicar lo que significó este organismo en la historia política de Puerto Rico; basta decir que fue monárquico y conservador como no ha habido ninguno y el que

más se opuso durante fines del siglo XIX al reconocimiento de los derechos de los criollos.

Contrariamente a lo que podría pensarse, estos ejemplos no tienen mero valor anecdótico, sino que confirman mi planteamiento. El fenómeno, valga la aclaración, no es exclusivo de Puerto Rico: también se repite en otras islas del Caribe donde muchos de los líderes nacionalistas han sido vástagos de extranjeros: Fidel Castro, para mencionar el ejemplo más conspicuo, es hijo de Angel Castro, gallego que se convirtió en rico latifundista en las provincias de Oriente y que también peleó en la guerra de independencia de Cuba--en el bando contrario a los cubanos, claro está.¹² Hijo de militar valenciano fue también el propio José Martí, y, en República Dominicana, Juan Bosch proviene de padre catalán.

Como señalé, Duchesne pone reparos a mi método de las genealogías porque da la impresión de que "a la visión de mundo conservadora de los padres y abuelos correspondía entonces la visión también conservadora de hijos y nietos..." Esto fue así en muchos casos dentro del Partido Nacionalista, pero ello no implica que en todos operara la misma dinámica. Por supuesto que también existe el fenómeno de los choques generacionales, en que los descendientes defienden ideas políticas totalmente contrarias a las de sus padres. Cito un ejemplo sobre el cual poseo evidencia: Rafael Colorado, militar español, veterano de la guerra Hispanoamericana, estuvo hasta 1930 entre los que celebraban en San Juan el onomástico del Rey de España; en cambio su hijo, Antonio J. Colorado--educado en la España posterior a 1931--fue uno de los más fervientes defensores con que contó la República Española en Puerto Rico y quien denunció en innumerables ocasiones a los militares que se alzaron contra ésta.¹³

Examinando la prensa y los documentos de fines de siglo XIX, la década de 1930 y de los años '80 desde la perspectiva de las genealogías y las familias de élite, me percaté que durante todo ese periodo de la historia de Puerto Rico una serie de apellidos--Barceló, Benítez, Ferré, García Méndez, Muñoz, Pons, Tió, Trigo, Torruellas, entre otros--se han mantenido siempre cercanos a las esferas e instituciones de poder.¹⁴ En cambio, otras familias poderosas--como los Abarca,

Cadierno, Cautiño, Fabián, Semidey y Such-- fueron perdiendo influencia en la sociedad y hoy día la mención de esos apellidos no suscita el mismo grado de admiración y respeto de antes. Ya es hora, pues, que en vez de lucha de clases, comencemos a examinar esta historia desde la perspectiva de las sagas familiares que la han caracterizado.

Quiero terminar este apartado comentando las afirmaciones de un distinguido politólogo sobre mi libro. En su reseña García Passalacqua cuestiona mi planteamiento de que el clamor favorable a la independencia evidenciado en los años '30 no pudo ser aprovechado adecuadamente, debido en parte a los errores y limitaciones del propio Partido Nacionalista. ("Reevaluando el nacionalismo", El Nuevo Día, 6 de septiembre de 1990, p. 73). Apoyándose en el libro La Mordaza de Ivonne Acosta, afirma que

la responsabilidad por no haber reconocido los efectos positivos del nacionalismo en esos años y de haber detenido y descarrilado nuestro devenir hacia la independencia, recae única y fundamentalmente en los ámbitos de poder de Estados Unidos.

Ciertamente, el trabajo de Acosta es muy convincente, muy bien documentado, y, sobre todo, muy necesario para conocer lo que fue la represión institucionalizada en Puerto Rico durante los años del macartismo y los inicios de la guerra fría. Sin embargo, no veo cómo sus tesis pueden presentarse contrarias a las mías, ya que ella examina el periodo de 1947 a 1957, mientras que yo estudio la década de 1930. En todo caso el libro de la profesora Acosta ayuda a entender por qué el movimiento independentista comenzó a languidecer en los años '50, pero no en los '30. Y aún así, la propia autora pone en evidencia cómo el Partido Independentista obtuvo en 1952 la votación más alta en su historia, con todo y Ley de Mordaza, persecuciones y crasas violaciones a las libertades civiles.

1. Véanse las tesis de: Sonia Carbonell, Blanton Winship y el Partido Nacionalista, UPR, 1984; Raúl Medina, Verdadera historia de la Masacre de Ponce, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1986; María Seijo Bruno, La insurrección nacionalista de 1950, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1985.

2. Benjamín Torres, El proceso judicial contra Albizu Campos, Jelofe, San Juan, 1979, p. 6.

3. Sonia Carbonell, loc. cit. pp. 60-61.

4. Archivo General de Puerto Rico, fondo: Departamento de Estado, serie: Corporaciones con fines de lucro domésticas, expediente: Puerto Rico Ilustrado caja: 6.

5. Ministère des Affaires Etrangères, Archives Diplomatiques de Paris, Serie: Amérique 1918-1940, Sous-serie: Antilles, Vol 6, legajo 245, carta del cónsul al Ministro fechada el 15 de febrero de 1938; El Día, 29 de enero de 1938, .8 y 31 de enero de 1938, p. 4.

6. Juan Angel Silén, Pedro Albizu Campos, Editorial Antillana, Río Piedras, 1976, p. 42.

7. Carta a Irma de J. M. Toro Nazario, 31 de mayo de 1939, p. 157.

8. Para un examen de las repercusiones que tuvo el libro de Quintero Rivera Conflictos de clase y política en Puerto Rico, Huracán, San Juan, 1977, véanse del mismo autor Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos y obreros, las relaciones de clase en el Puerto Rico de cambio de siglo, Huracán, San Juan, 1988, Capítulo 5; y de María de los Angeles Castro, "De Salvador Brau hasta la 'novísima' historia: un replanteamiento crítico" en Op. Cit. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas, Núm. 4, 1988-1989, pp. 49-54.

9. "Nacionalismo, hispanismo y élite intelectual en el Puerto Rico de la década de 1930" ponencia presentada en el Congreso de Historiadores de Puerto Rico, UPR, febrero de 1990.

10. La Democracia, 13 de octubre de 1936, p. 4.

11. Estela Cifre de Loubriel, La formación del pueblo puertorriqueño, la contribución de los vascongados, navarros y aragoneses, ICP, San Juan, 1986, p. 106, y Quién es quién en Puerto Rico 1933-34, Real Hermanos, San Juan, 1933, p. 19.

12. Carlos Franqui, Vida, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro, Planeta, Barcelona, 1988, p. 16.

13. Colorado, padre, estuvo entre los asistentes al cumpleaños de Alfonso XIII celebrado en el consulado español, El Imparcial, 19 de mayo de 1930.

14. El ensayo "Gobierno y apellido" de Roberto Alejandro (El Nuevo Día, 12 de marzo de 1987, p. 69) examina este mismo fenómeno.